

Precios de suscripción

En Almería, un mes.	1'50	ptas.
Provincias, trimestre	5'00	»
Extranjero, »	10'00	»
Número suelto.	0'10	»
Idem atrasado.	0'25	»

Los pagos son anticipados



Tarifa de anuncios

En 1.ª plana, línea, cuerpo 10.	50	cts.
En 2.ª » » » »	30	»
En 3.ª » » » »	20	»
En 4.ª » » » »	10	»
Noticias, reclamos y comunicados, id.	50	»

El impuesto del timbre á cargo del anunciante

El Radical

DIARIO REPUBLICANO

NÚMERO EXTRAORDINARIO



La correspondencia al Director

OFICINAS Y TALLERES.—REYES CATÓLICOS, 3

No se devuelven los originales

JUEGOS FLORALES DE ALMERÍA

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

Discurso del Mantenedor Don Miguel de Unamuno

Mal puedo negarme á acudir allá á donde, como á esta ciudad de Almería se me llama, cuando creo de mi deber meterme hasta allí, á donde no soy llamado. Aquí me teneis, pues, pronto á continuar una obra patriótica, sin cuidarme en demasía de la oportunidad de lo que voy á decir ni siquiera de si ello encaja ó no en el rito de actos como este que aquí se celebra ahora, sino atento sobre todo á que hablo ante españoles cultos y que se cuidan del destino de nuestro pueblo. Me traeis á unos Juegos Florales; es como si me trajéis á otra manifestación espiritual y pública cualquiera; no son flores lo que he de ofreceros.

Libreme Dios de censurar estas fiestas; antes bien, las aplaudo, porque de aplaudir es todo cuanto tienda á promover el cultivo de los lujos del espíritu y de aquellos regalos que se nos otorgaron para consuelo de haber nacido; libreme Dios de censurarlas, digo, pero he de decir también que no han respondido sino en muy pequeña parte á lo que de ellas se esperaba, que con facilidad vienen á caer en un festejo más de las obligadas ferias anuales de los pueblos, y que llevan en sí tal vez algo que en lugar de corregir acrecienta y

su altanera soberbia entre las gentes y se estime un ser distinguido á los ojos de Dios y de los hombres. Y de esta soberbia gratuita, fundada no en obra de méritos ni en propios conocimientos, sino en ignorancia de sí mismo y en no sé que gracia especialísima, vense hartos tipos en España.

Refiriéndose á nuestra edad llamada de glorias, á aquellos tiempos en que el repulsivo tercer Duque de Alba cubría con sus victorias de ignominia y de vergüenza nuestro nombre, ha dicho un inglés que nos conoce á maravillas Mr. S. Hume, que «cada labriego iletrado, y cada soldado bravucón sentíase ser, de una manera vaga, una criatura aparte, por razón de su fé; que los españoles y su Rey tenían una misión más alta que la confiada á los otros hombres y que de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular Juan ó Pedro estaba individualmente á presencia de Dios y de los hombres, como el más celoso y ortodoxo de todos ellos.»

Y esta soberbia no se ha ajado, no, hoy en que hemos dado en deprimirnos con la boca y no más que con ella; verdece y reverdece aún. Há-

caso, y lográis que vuele vuestro nombre... dirán: ¡bah! con tiempo y libros haría yo otro tanto». Pónginse á ello, sin encastillarse en el eterno, si yo quisiera...» La mayor sabiduría es saber querer. Os buscarán el libro, pues fingen creer que nadie nacido en el mismo ambiente que ellos, en la casa común, puede decir si nó lo que otro de por ahí, de fuera de casa haya dicho antes; os buscarán los libros, que es, decía Goethe, como si indagaran de que vacas cérdos y carneros habeis comido carne. Sois un imitador de éste ó del otro, dirán, sin conocer al imitado; un español como ellos no puede sino imitar.

No conozeo soberbia como la del haragán, y cada día que pasa me convenzo más de que la mayor prueba de talento, es la aplicación al estudio, aunque no sea en libros.

«¡Valientes méritos! así cualquiera sabe... no hace más que estudiar...! Sí, lo portentoso es la ciencia infusa ó el mérito del saludador.

Más no es el saber de otro lo que

que piensan los más ó nos dá avisos útiles.

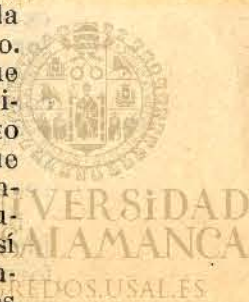
Hasta podeis dar ideas, siempre que tengan el marchamo y el pase eso que llaman ideas y que no pasan de ser capullos lógicos llenos de cenizas, de abstracciones ó recetas útiles, dignas de figurar en el Museo de las familias: el concepto de soberanía ó la definición de la materia ó el modo de curarse berrugas ó de quitarse manchas de sebo, pero ojo con dar espíritu! ¡cuidado con daros á vosotros mismos! ¿Quién es ese que se da y se reparte, cuando yo apenas me basto á mí mismo? ¿Quién es ese que puede ser pródigo y no de lo que administra del común acervo, sino de sí mismo, de lo que es de sus entrañas mismas, cuando yo, entre ahorros y escaseces, apenas logro tocar el caudal de mi propio espíritu?

«Es afán de singularizarse», les oireis, y es que son incapaces de ello, ¡los plurales! Aunque se lo propusieran, «manía de originalidad... desequilibrio»... y ellos siguen en el equilibrio estable de su ramplonería; «extravagancias!», y continúan en su vagancia ellos. Hablan contra el paradijismo los incapaces de pa-

no americana. Nadie más regionalista que yo, pero de un regionalismo generoso, quiero decir, pródigo y agresivo, que invada y luche por dar al espíritu de cada región á la patria común, pues sólo el que lo da, lo conserva; sólo el que se infunde en otros, se posee de un regionalismo de ambición y no de codicia, de un regionalismo que sepa luchar contra la soberbia y la envidia centralizadoras, que pugne por afirmarse en las demás y no en sí misma.

Porque hay que confesarlo también, la soberbia y la envidia atizan el centralismo nivelador lo mismo que atizan su contrario, cuando no es tal centralismo regionalismo de la región central. Ellas, la soberbia y la envidia nacidas de holgazanería espiritual, laten también debajo de los clamores conque algunas almas de esclavos piden la dictadura de la fuerza bruta, no la del espíritu vivo.

Pero hay algo más grave aún y que se debe á esa trinca de pecados capitales y es el conceptuismo. Preciso es que para entendernos es diga que llamo así y estaría mejor llamarlo intelectualismo, si este nombre no hubiera sido ya desquiciado, llamo así á la doctrina de los que creen ó fingen creer en la eficacia de conceptos



encontra acaso uno de los tres vicios radicales de nuestra patria: la envidia.

Estos juegos son, en efecto, justas ó torneos de emulación, y la emulación que puede alguna vez fingir sazonados frutos, es casi siempre un detestable acicate educativo. Repito lo que tengo dicho: el que corra atento á si corre más ó menos que él su ladero, correrá siempre mal, porque en vez de mirar al suelo que pisa, mirará el piso ajeno. Cuidese cada uno de nosotros en nuestros oficios y misiones, de ser hoy más de lo que ayer fuimos y no de sobrepujar á los otros.

Es, sí, de temer que estas contiendas, nobles y puras como parecen y deben ser, no encandilen el resquemor que os decía, la calentura que envenena y paraliza el alma nacional.

Ha tiempo que Bartrina escribió aquellos seis versos que terminan con el de que

y si habla mal de España es español
y comentándolo ha dicho un su paisano que esto le ocurre al español porque reconoce la inferioridad de la civilización española. No es por eso, creo, sino por la misma causa simbolizada en el famoso simil de la cucañá, es porque la envidia nos corroe el corazón. Y envidiase lo que se vé y se toca, lo de casa; la envidia brota entre Caín y Abel, hijos de los mismos padre y madre.

No es mal político ni aún económico lo que trae á peor traer á España; es daño moral, es que están emponzoñados los manantiales de la vida común.

Arranca como de tallo esa condenada envidia de otra pasión, que también nos agarrota el alma, de la soberbia y de la soberbia en su forma peor, en forma de soberbia gratuita, de soberbia marroquí. Es lo que un argentino, el Dr. Bunge, llama con atinado acierto el orgullo de la pereza. Porque la raíz de todo es la pereza espiritual tanto como corporal.

Disculpable es, en efecto, que quien canta, escribe, esculpe, pinta, negocia salta, caza ó labra, pretenda hacerse pasar por el mejor cantante, escritor, pintor, saltarín, cazador ó labrador, pero lo que á duras penas se concibe es que quien nada hace, sin más que acto de presencia, pasee

blase por moda de regeneración y al hablar así se miente, pues casi nadie cree en su corazón que necesitamos regenerarnos. Es más, la reacción avanza, y esreacción de la soberbia. «Eso aquí no pinta» dicen nuestros labriegos cuando se les habla de algún procedimiento de cultivo que ni conocieron sus abuelos ni ellos conocen, y con otras palabras dicese también, á nombre de la tradición, «eso aquí no pinta» á toda novedad realmente nueva. Y aún hay más y es quien al ver que la novedad pintaba y echar de ver la diferencia de trigos ó de pastos han cortado estos á destiempo ó mezclaron aquellos con los viejos, á despecho del amo innovador, para evitar la prueba definitiva, por soberbia marroquí.

Es un amor propio enfermizo, como todo el que no se acompaña de robusta fé en sí mismo, de fé fecunda en obras. Por que tal es la condición de toda soberbia que descansa en presunta gracia y no en méritos sentidos, que le falta la fé en sí misma, le falta ambición y cae en envidia. Ved esa clase media de nuestros pueblos, atraillada en la mezquina masa neutra.

Ellos nada hacen sinó vegetar á lo su mo en siesta, murmuración y tresillo, y los jóvenes cazar perdices, liebres ó herederas ricas, ellos nada hacen, pero de nada se admiran tampoco ni salen de la estirada solemnidad de sus archi-equilibrados espíritus. Su único papel preferido es el de perro del hortelano.

La ambición, esa propulsora de las almas grandes no les ciega, no, pero chapotean en el lodazal de la envidia. Lo censuran todo en inútil cháchara de sus ocios inútiles y se quejan de males de que són ellos los primeros culpables y mantenedores. Trabajan en una obra de destrucción lenta, como la que hacen la polilla y el gorgojo. Trabajais, en escribir pongo por



DON MIGUEL DE UNAMUNO

más se envidia; envidiase, en especial, su ingenio, su imaginación, su audacia, lo que parece serle más personal y propio. Con facilidad se reconoce el mérito del que expone fielmente los conocimientos recibidos de común ó del amplificador de lugares comunes; lo que se odia con odio de envidia, no es la inteligencia precisamente, sino más bien lo que llamamos espíritu, la potencia mental activa y creadora, la fuerza que sugestióna y agita. Nos molesta el que nos hace pensar, no el que dá forma á lo que pensamos.

Se respeta y aún se ensalza al *camello*, que ni nos hiera ni nos inquiete, que como el ingeniero, el cura, el médico, el químico, es un profesional y así como no está bien que hablen de mecánica, de teología, de medicina ó de química, sino el ingeniero, el cura, el químico ó el médico respectivamente, así no es tolerable que intente enseñar, ó mejor dicho, repetirnos la vieja lección si no el sabio profesional y ritual, esto es: el *camello*. Dice lo

para conseguirlo, metámonos de rondón en el lenguaje que nos da personalidad, como á pueblo ante las demás naciones, y hagámoslo todos á nuestro modo, sin respeto á pragmáticas casticistas, y descoyuntándolo si fuere preciso.

Muchas veces he dicho á amigos míos catalanes, porque mis paisanos, los vascos, si quieren ser leídos, por fuerza han de escribir en castellano, «escribid castellano, y si el orgullo de la pereza castellana os tacha de escribirlo mal y os atropellan con censuras de inquisitorismo casticista, como el inflado Herrera á Boscán ó el enfático Quintana á Capmany, resistid y exclamad: venimos, sí, á plagar de catalanismos el castellano, á ensancharlo así, á infundirle nueva vida, á desquiciarlo tal vez, pero para que no se anquilose ni osifique; venimos á luchar con vuestras propias armas contra vuestro espíritu estancado.»

Y así debemos hacer todos si es que el castellano ha de llegar á ser español, y más que español, lengua hispa-

rir una sola paradoja que no les resulte una oquedad grotesca, los impotentes.

Y esta terrible plaga va de los individuos á las masas y comunidades; es la principal motora de los movimientos regionalistas y de opuestos, el movimiento centralizador, no en lo que tienen de afirmaciones de lo propio, sino de negaciones de lo ajeno.

Como última razón de ese ensimismamiento regional, está también la pereza espiritual, la flojedad de ánimo. Se cultiva el propio huertecillo, esquilado ya por no invadir el ajeno.

Lo he proclamado, y lo repito, quisiera que desapareciesen de España las hablas todas regionales para que no se hablase sino un solo idioma; pero que en él cupiese el pensar y el sentir de todos los españoles, sin mengua de sus mayores intimidades, y

sean tradicionales ó nuevos, heredados ó ganados, de meros conceptos, de ideas recibidas y hechas, y que aseguran no debe rechazar ningún entendimiento sano. Es la doctrina de los que enseñan que la admisión ó la repulsa de tal ó cual concepto abstracto determina nuestra vida moral ó nuestra salud perdurable.

Acúsase á los socialistas y anarquistas y no sin alguna razón por desgracia, de que hay entre ellos quienes solo se mueven por envidia al rico y que se resignarían á empobrecer más aún con tal de que este muriera de hambre, pero lo cierto es que es envidia de la riqueza de espíritu lo que mueve á los más de los que desean la segura niveladora de una ú otra autoridad que imponga estas ó aquellas afirmaciones dogmáticas. No más libertad que en lo que llaman dudoso, esto es, en minucias que no permiten al prójimo volar sobre ellos.

No fé profunda y arraigada, ni convicción en las propias creencias y saberes han fraguado nuestra tradicional intransigencia, no, no! eso sino pereza, soberbia y envidia.

El hondamente convencido sabe que es á la larga de la verdad la victoria, y si es cristiano, repitiendo con el apostol «mientan todos, mientras Dios diga la verdad» no trata de conquistar el mundo á cristazos, esgrimiendo á guisa de maza, el crucifijo.

La Inquisición, sea negra, blanca, roja ó incolora—pues con las más contrarias doctrinas somos igualmente inquisitoriales—La inquisición, latente siempre en España, no es más que un rollo nivelador; hay que ahogar toda originalidad y á todo aquél que trate de singularizarse, para ue no se destaque de nosotros, los plurares... ¡todos iguales y hermanos en ramplo-neria!

Y sobre éste apelmazamiento logrado por rulo dogmático alzaríase para abrigo de las inteligencias una construcción arquitectónica de conceptos, una basta Catedral ó un mercado cubierto, muy acabada pero sin vida, con sus columnas y capitales y bovedas y contrafuertes y arbotantes ó con su ferreo tinglado y su manpostería, no un bosque con árboles de savia y follaje que se renueva. Los conceptos de esas gentes són como fichas de dominó que se mejen, remejen y combi-



nan ó como naipes que se baraja y con los que se hace complicado; solitarios si se terciá. No són esas ideas algo vivo, esqueleto cubierto de carne imaginativa, algo que cambia, y se funden y confunden y refunden y trasfunden unas en otras, no sólo se mezclan, y nacen y crecen y mueren y reviven y remueren y no están encerrados en duros y secos cascabelillos lógicos, con aristas y argañas de definiciones dogmáticas, ni son cual proteicas y cambiantes células, bañadas en jugo renovador. No, esto no, nada de esto! la vasta basilica ó el gran mercado cubierto, ó el gran cubierto, ó el cuartel, no es un bosque.

Hay que hacer de la mente un tablero de ajedrez en que se combinen de mil modos unas cuantas figurillas bien torneadas, pero intransformables y muertas.

¡Filosofía de holgazanes! como es holgazanería el juego de naipes, trabajo que no lo es, sinó rutina de soñolientos; filosofía de holgazanes, repito.

Hay quienes traginan y se mueven y correveiditean y no paran, y son, sin embargo, unos grandísimos holgazanes. Nada de mirar y observar y escudriñar y destripar las cosas para verles las entrañas, y recoger hechos, no conceptos, y ensayar y recoger hechos, no conceptos, y ensayar y seguir á la vida en sus ondulantes giros, y buscar nuevos senderos, no! Ni menos aún forjarnos á nosotros mismos y hacer de nuestra vida una continua fragua de nuestra personalidad; no esto si no cerrar los ojos y combinar figurillas. Porque hay quienes llegan á jugar al ajedrez sin mirar al tablero, ¡oh, maravilla! y lo juegan bien, y hasta ganan, es decir, dan mate al rey contrario.

Formas hay de erudición que no pasan de pasatiempos ó mala hora de pereza mental; se acumula citas mientras se sesteá. Lo que no es arar el suelo de nuestras más caras y enraizadas convicciones y removerlas es haraganería; el consecuente suele ser un haragán, muy á menudo.

Y así oiréis: «hay que definir los conceptos,» necesitamos ideas claras y fijas; eso contradice á esto otro», ó la cantinela de las funestas consecuencias de tal ó cual concepto.

¡Ideas fijas! ¡ideas fijas! Los de las ideas fijas han inventado esa lógica formal, de casillero, que es como cuartel de los conocimientos, ó lo que

estamos pobrísimos de ella. Tengo por una gran mentira eso de que abundemos en imaginación. Porque imaginación es la facultad de crear imágenes, de crearlas, no de archivar las ya creadas, es la que pare hipótesis, la gran propulsora de la ciencia. Y aquí circulan las mismas imágenes, los mismos chistes, las mismas agudezas siempre, sin que se acreciente el caudal. Lo que hay es que cambiamos el oro en calderilla, y así suena y abulta más, tenemos memoria pronta y viveza para colocar oportunamente en su sitio la gracia aprendida y embotellada. De aquí que luzcan en la conversación con donaires de repertorio los que luego, pluma en mano, son incapaces de acrecentarlo. En el más desbordante retablo churriguresco puede no haber ni un solo motivo ornamental nuevo, así como en las más frondosas poesías de Zorrilla rara vez se encuentra una metáfora nueva ó un sentimiento expresado como nunca hasta entonces se expresara. No, más bien que sobranos creo que nos falta imaginación.

Nuestra poesía suele ofrecer el espectáculo de un erial calcinado por un sol de fuego y en que solo se alzan cardos y chumberas; como en la arábica, aparecen en la nuestra siempre los mismos símiles y los mismos tópicos siempre; hay demasiado sol y demasiada poca agua y ella muy escurridiza, para que la imaginación razonese; nuestros frutos literarios suelen ser de secano. A la escasez de imaginación se debe la sobra de sectarios, incapaces de imaginarse otra cosa que aquello que á mazo dogmático les embutieron en la cabeza.

Lo que más nos falta es poetas, poetas y no versificadores, poetas digo, esto es creadores, poetas de arte, de ciencia, de industria, de vida. ¡Ah, poesía, madre de la ciencia y consoladora de la vida, poesía, fuente inexhausta de la verdad corriente y pura, que va luego á enturbiarse y estancarse en el charco del raciocinio lógico formal!

Es falso en España aquél antiguo dicho decidero de que de músico, poeta y loco todos tenemos un poco. No, no lo tenemos, hoy al menos; no de músicos porque el bárbaro redoble del tambor dogmático nos ha ahogado el ritmo libre; no de poetas sinó recitadores de las viejas coplas de Calainos, y no locos siquiera por endurecimiento de la materia enloquecible, por acabado equilibrio de la mente,

mal trote á luz en surpellido y podamos rasparlo. Y no es la lucha entre esta y aquellas ideas, no es lucha de doctrinas, ni es ante todo y sobre todo la lucha entre dos espíritus, uno de holgazanería, soberbia y envidia, que nos envenena la sangre social y que quiere nivelarlo todo al ras de su incurable ramplonería y ahogar todo vuelo original y libre para, no sufrir la cargazón de que nadie se le sobreponga, y otro espíritu ambicioso que quiere más luz, más calor, más vida.

Se ha dicho del estado íntimo de nuestra sociedad española en sus siglos de hinchazón, que era una democracia fraíluna. Si, la democracia en la nivelación mental, la igualdad en la ramplonería. Nadie ofendía al vidrioso prójimo, manifestándole ideas que á él nunca se le hubiesen ocurrido; nuestros ingenios vestían de ropaje más ó menos lujoso las ideas corrientes. Fué el reinado de la envidia, hija de la soberbia y nieta de la pereza, en el interior, mientras tratábamos de apoyar todo espíritu de libre examen en Europa.

Quisimos oponernos á que otros pueblos examinasen libremente sus creencias y las refundasen, luego de haber tratado de sofocar aquí, en casa, por envidia y sólo por ella, los incapaces de pensar por su cuenta á los que querían hacerlo. Estamos aún expiando aquel crimen de haber querido ahogar el renacimiento del espíritu cristiano en Europa. Es nuestra señora la Vulgaridad, la impotencia de crear que se erige en dueña; es el grajo que coge al ruiseñor bajo sus garras y le dice: cállate ó grazna.

Lo tengo dicho, lo repito y lo repetiré mil veces más; no hizo la Inquisición el carácter español, sino que éste hizo aquélla; no fué la Monarquía ni fué la Iglesia Romana, sino que fué el espíritu colectivo, que imperaba entonces, quien dió su modo y manero al Santo Oficio español. Hay que repetirlo mucho porque la ceguedad política ó el apego á ciertas opiniones petrificadas lo desconoce; la Inquisición brotó de la mal ajustada unidad española y del despertar de la conciencia pública en los albores del Renacimiento; así que, acabada la Reconquista, se volvieron unos hacia otros los pueblos españoles, surgió la Inquisición como fruto de las pasiones provocadas á este contacto de los espíritus. Y es aquí el espíritu inqui-

siesta ú ovendo sesudas vulgaridades de abolengo.

Oireis el elogio de la salud gañanesca, que no es tal salud: oireis que vale más asno vivo que doctor muerto; yo he oído á un jóven que se jactaba de vigoroso y sano, decir á otro que era miope y culto; «tu sabrás muchos pero yo veo una mosca á veinte pasos». Y así revientan de brutos.

¡O felix culpa! canta la Iglesia en su liturgia refiriéndose al pecado original. Si, por haber probado el hombre del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal se ve sujeto al trabajo, mas con él al progreso y á tener que conquistarse día á día la libertad y la dicha; esa dichosa culpa le hace posible la redención. Dejados, pues, en el paraíso de la ignorancia. No paraíso, sino limbo, cuando no purgatorio.

La causa más honda de la expulsión de los moriscos fue el odio de los pueblos de abolengo pastoril, andariegos y haraganos, contra aquellos laboriosos ó industriosos hortelanos; el odio del holgazán al trabajador, que parece le afrenta con su trabajo; y hoy, no contentos con aborrecer el trabajo, siguen aborreciendo al que trabaja, porque trabaja.

En el tema oncenno de vuestro programa pedís el medio de evitar el *surmenage* en las escuelas. Pero, por Dios vivo, si en España no hay *surmenage* todavía ni aun peligro de él. No se gastan aquí los cerebros por abuso, sino que se enmohecen por desuso. No es exceso de trabajo, es falta de libertad en él lo que nos perjudica, pues cansa más una hora de gimnasia de sala que ocho horas de juego al aire libre.

Hácese necesaria una liga contra la haraganería que ha creado nuestra típica mendicidad doble, ya la del cuerpo, ya la del espíritu; la de los que pordiosean mendrugos de pan y la de los que pordiosean mendrugos espirituales, despojos, chamariles y barreduras de doctrina, acuñada calderilla del saber; se hace necesaria una liga contra la sopa boba espiritual, una liga, una hermandad más bien, frente á la que la ramplonería y la impotencia envidiosas tienen tramada.

Es el trabajo interno el que modifica el espíritu y le obliga de continuo á cambiar de derroteros, el que nos hace otros, el trabajo de formarnos, reformarnos y trasformarnos sin cesar, por parándonos para semilla de

ideas para el hombre y no el hombre para las ideas. Esta disciplina y no aquella otra de los haraganes y cobardes que obedecen por no tomarse el trabajo ni cargar con la responsabilidad de decidirse á obrar por sí mismos.

Una hermandad, sí, una hermandad que será la pátria al cabo, porque lo más hondo de ésta tiene que ser el ser ella una asociación para el trabajo, la explotación en común de un solar y la roturación también de un suelo espiritual, de una tradición. Y el mayor trabajo á que la hermandad patriótica haya de aplicarse es al de hacer pátria y rehacerla y trashedarla, no encadenándola á forma alguna de tradición sinó tomándola á la tradición como sustancia del progreso, rotas sus pasajeras formas. Que no sea la tradición hacienda heredada de cuya mezquina renta se viva sin acrecentarla, como ociosos hidalgos de gotera de la inelegancia, ensordidez espiritual, enterrando los menguados ahorros. No hay ni institución ni doctrina alguna consustancial con la pátria.

Y ahora, señora, no quiero romper ciertas costumbres y pues lo es la de dirigiros en éstos actos algunas palabras encaminadas á las mujeres, también yo tengo algunas que deciros.

Hay un hondo simbolismo en este vuestro efímero reinado en fiesta, porque en España reina también la mujer, pero no como debía reinar, sino con perniciosísimas pragmáticas. Las más de las cobardías de nosotros los hombres, la hipocresía y fingimiento en que nos envolvemos, son, ante todo y sobretodo, por huir de pasajera disensión en el hogar; la mentira se enseñorea de nuestra patria por no querer nosotros luchar hasta domarla, con la mujer que se nos entrega mal educada por educar mal á nuestras hijas, abandonándolas por completo á sus madres. Los hombres se esclavizan así á sus mujeres y el esclavo no sabe amar. Tristes brazos los brazos de la mujer amada si se ahoga en ellos la libertad de la conciencia, y triste labor la de la mujer si ha de uncir á su hombre al carro de otros hombres. Para la mujer no debe haber otro guía espiritual que el que la sostiene y lleva por los senderos de la vida, quien le dá el pan del cuerpo debe también darle el del alma y ser gloria de ella la libertad de él.

Se ha dicho que en quienes ama, poco es el amor, el amor sexual, en-

es peor aún, á modo de procedimientos judiciales para hallar la verdad legal; han inventado esa servil doctrina de la consecuencia que trata de ahogar la sinceridad esclavizándonos á nuestro pasado, han erigido la más odiosa de las tiranías, la tiranía del concepto; la ideocracia.

En nombre del arte, al que venís á rendir aquí culto, en nombre de la sagrada poesía, en nombre, en fin, de la vida, protestamos de toda esa mecánica lógica y de sus repulsivas tesis, definiciones, pruebas, objeciones y contra-objeciones, de todas las réplicas, dúplicas y contra-réplicas y demás maraña escolástica ó procesal; protestemos de toda esa abogacía del espíritu. Y luego les veis adoptar otra postura y protestar ellos de las supestras novedades de importación, que aquí no pintan, y tomar en boca el santo nombre de patria y hablar de salud castiza y pedir á voz en cuello que seamos prácticos!

Prácticos! Oigo clamar desde hace algún tiempo que hay que dar á todo un giro práctico, de inmediata aplicación y bajo ello vislumbro el temor de que nos apliquemos á lo que más debe importarnos y que no deleguemos nuestro capital negocio. Y esas voces que gritan ¡lo práctico! ¡lo práctico! son también voces de pereza y de envidia, son las voces de los que quieren ahorrojar y engrilletar á cada uno en una especialidad, y que de ella no se salga, quiere acamellarnos á su imagen y semejanza.

«Nos sobran oradores; nos sobra retórica; la imaginación nos pierde.» —oiréis decir. Pues yo no lo veo así, no veo que nos sobren oradores, ni nos sobre retórica, ni nos pierda la imaginación. No creo que nos sobren oradores, porque en cuanto cesa la declamación de los comedantes así llamados, se me desvanecen de la memoria las frías oquedades de su discurso.

Eso no es oratoria, pues en ella no hay unción alguna ni se derrama espíritu en ella. No veo que nos sobre retórica, sino facundia, porque sólo de higos á brevas, me encuentro con un nuevo tropo, con una metáfora fresca, recién nacida y bien metida en carne; todas son las del común acervo, todas son las mil veces oídas y ovidadas otras tantas mil veces. Yo oí todo, no me persuado de que la imaginación nos pierda, pues noto que

que quien apenas piensa tampoco de-
lira.

Frente á todo eso ¿qué predica? se me dirá. Y respondo: «me predico á mí mismo; predico al hombre; trato de desgarrarme el pecho y mostraroslo por dentro y decir: este es el hombre! «Haced todos lo mismo y habrá muerto la esclavizadora dominación del concepto. Si nos viésemos todos desnudas las almas secaría la envidia por falta de riego. La capa de mentira que nos cubre y sofoca es el mantillo que la protege, aboan y hace florecer en flores ponzoñosas. No tenemos costumbre de decir verdad ni de oír; á la insinceridad responde la quisquillosidad; ni valor para decir al prójimo lo que de él pensamos ni serenidad para recibir el juicio ajeno.»

Vengo á decir: No guardéis vuestro espíritu sinó dadlo y tratad de sellar con él las almas todas que os pongan á toque. No deis ideas sólo, sinó dais á vosotros mismos en ellas, que aunque éstas se deshagan llevarán sustancia de nuestro espíritu. Sólo se gana la verdadera vida derramándola; lo más grande que puede hacer todo hombre es predicarse á sí mismo. Egoísmo? No; el egoísmo es codicia espiritual, y lo que yo quisiera se encendiese en los corazones todos españoles es esa ambición de espíritu. El egoísta es el que entierra la onza que recibió por miedo al Señor que nos ha de juzgar y que siega donde no sembró y donde no esparció recoge.

No fatará quien me redarguya diciendo: «á lo que tu vienes es á insultar» ¡Pues bien, sí, sea, á insultar! á ver si les queda sangre á los insultados y se precipita el estúpido de la guerra santa. Porque España está muy necesitada de una nueva guerra civil, pero civil de veras, no con armas de fuego ni de filo, sino con armas de ardiente palabra que es la espada del espíritu. Nos haría falta un asunto, que como el de Dreyfus en Francia, sirviera de núcleo de concentración y bandera de combate.

Ellos son torneos de cañones y combate de menterigillas; menos mal si sirvieran de escuela para las batallas de ahínco y de verdad.

Una lucha tan sorda como encarnizada sacude por muy dentro las entrañas de la sociedad española y se hace preciso sacarla á flor, que el

stornar un poquito de los dogmas que se profesan, la pereza, la soberbia y la envidia se sirven de los más contrapuestos entre sí. Somos inquisidores por ser envidiosos, y envidiosos por soberbios, y soberbios sin razón alguna para serlo; soberbios con soberbia gratuita, por ignorancia y por holgazanería sobre todo. Porque tal es la fatídica procesión de nuestros tres pecados capitales.

Se de hombres cuyo oficio es enseñar, que sostienen que quien añade ciencia añade malicia, y entonan loores á la ignorancia, y á pretexto de que hay que educar precriben la ilustración; he oído hacer la apología del burro santo y del burro sano. Pues bien, no, ni el burro es sano, ni puede el burro ser santo; ningún majadero es bueno. La envidia es el pasto amargo del burro, y ved cuando se deshace en parte la gloria de alguno de los hombres que han servido de luminaras al linaje humano, como los majaderos, los ramplones, se flotan las manos de gusto y diciéndose: «¡Bá! Uno más... un farsante... un loco...» Piensan... «uno como yo, ni más ni menos... cuando digo que todos estamos hechos del mismo barro, y que eso de los genios y talentos no pasa de una monserga...»

Fijaos en cómo y cuánto regocija á muchas gentes cierto rudo crítico á caza de ripios y disparates; es que los halaga las pedres pasiones, porque ellos, los regocijados con esas huertas squedades siéntense incapaces de disparatar; el sentido común, pero de lo más común, les ahoga, y su flojera no les deja buscar en sí mismos el sentido propio que tuvieren.

Llamaban los griegos misólogos á los odiadores de la cultura, de las artes y del saber. Resistese todo espíritu cuito á creer en la misología, como se resiste un cristiano á creer en lo que llaman los teólogos el pecado satánico; el odio formal á Dios, y, sin embargo, hay odio formal á la cultura y al saber. Y no es por los males que se teme acarree el saber las cosas á medias ó el saberlas mal, no, es por envidia de soberbios holgazanes. Envidia y á la vez irritación contra el que vá á inquietarles á quererles sacar de su paso de andadura. «No me venga V. con esos galimatías, que me corta la digestión» parecen decir. Los garbanzos solo se digieren bien jugando al tresillo, echando la

eternidad, ese es el trabajo que redime.

«El que no naciere de nuevo no verá el reino de Dios» decía el Cristo y nacer de nuevo es nacer á diario, es convertir la vida en un nacer continuo, en un continuo cambiar. Y cabe así lograr reposo, no el del esteril lago helado sino el del rio corriente en cuyo cristal se espejan los álamos del margen sin que á sus raíces los bañen dos veces las mismas aguas. Mejor dudar é inquirir y recomenzar cien veces el mismo ser, pero que no estar haraganamente á la sombra de una autoridad cualquiera, rumiando el viejo pasto.

Trabajar no es tampoco salir del paso, no es lo que llamamos cumplir, y menos aun ser servil por la pitanza. Quien hoy en España no haga sino rendir lo que se le exige, sirve mal á la patria. Recordad la parábola de los talentos, y no vale decir que harta hace quien cumple su oficio, no! pues muchas veces sirve mejor quien lo toma de apoyo para vivir y el vivir mismo se lo rinde á la patria en otra forma. Ni sirve decir «yo no puedo más, harta es que llene mi cometido», pues nadie sabe para que sirve ni hasta donde alcanzan sus fuerzas hasta que se le mete en empeño, nadie conoce sus bríos hasta que se los hacen probar en extremo.

Por eso creo un deber el de acicatear, azuzar y no dejar tranquilo al prójimo, el de inquietar las almas de nuestros hermanos, sin dejarles que se amodorren en siesta de ocio.

Una hermandad para el trabajo interno y renovador, para la disciplina y el examen libre y consentido á ello, disciplina, pero disciplina interna. No esa otra que los envidiosos y haraganes ponderan tanto y de que era modelo banda Ro que Guirart el bandolero. Disciplina es depner la soberbia y la envidia que de la perza nacen, y reconocer las naturales graduaciones espirituales aun dentro de la más grande disparidad en el pensar, disciplina es honrar y ayudar á todo el que investigue ó piense por sí, piense como pensare, todo forjador de ideas vivas, sean estas las que fueren, forjador que suela á la vez ser machacador de ellas, pues se hace las nuevas con el bronce de las antiguas; á todo el que trabajanolas nos muestre que se hicieron las

tiende—pasión primaria, y secundaria en los que aman mucho; más lo cierto es, que no puede querer ni mucho ni bien á su hombre, la mujer que no ame á su verdad y á su libertad sobre él.

El temor á la guerra en la familia nos hunde en mayores males. Olvidamos que el Cristo, mensajero de paz eter a, dijo que no venia á la tierra á traer paz, paz temporal y aparente, sino disensión y que por él estarían en adelante cinco divididos en cada casa. Tres contra dos y dos contra tres. La verdad no trae paz sino después de dura lucha y es la paz conquistada, el descanso tras de la brega y sobre el fruto de la victoria. Cuando Jantipa al ver en la carcel á su marido condenado á muerte empezó á dar voces, ó! Sócrates, mirando á Critón le dijo: «Critón que se lleven ésta á casa!» y siguió preparándose á su glorioso fin.

Hay una vieja historia que conviene recordar y es la de aquél fuerte varón engañador por dos veces y por dos veces engañado de la mujer y que á la tercera cedió y «aconteció que apretándole ella cada dia con sus palabras é importunándolo, su alma se redujo á mortal angustia, y descubrió la todo su corazón diciéndole: Nunca tocó navaja mi cabeza, porque soy nazareno de Dios desde el vientre de mi madre, pero si se me rapase, perdería mi fuerza debilitándome como los demás hombres. Y viendo Dalila que la había abierto todo su corazón mandó llamar á los príncipes de los filisteos diciéndoles: venid ahora, porque me ha abierto el corazón. Y los príncipes de los filisteos vinieron, y ella hizo que se durmiese él sobre sus rodillas y llamado un hombre le rapó siete guedejas, y comenzó á afligirlo por que perdió la fuerza y le dijo: Sansón, los filisteos sobre tí! Y despertando del sueño se dijo: Esta vez saldré como las otras y me escaparé, no sabiendo que Dios se le había apartado. Mas los filisteos le echaron encima, le sacaron los ojos, le llevaron á Giza y le ataron con cadenas para que moriese en la carcel.» (Jueces VI 16-21) ¡Triste historia! Y triste papel el de aquellas, que aun sin quererlo ni saberlo acaso, hacen de Dalilas para con sus hombres, hacen que se rapen las guedejas de la ambición.

No espero yo así de la mujer española de mañana, sinó que sienta que



siempre acreedor al aplauso y al estímulo de las gentes cultas, aun no contando, como cuenta desde luego, en su honrosa historia, con otros timbres gloriosos, entre los cuales pueden señalarse sus discusiones científicas inolvidables, sus primorosas exposiciones artísticas y sus conferencias magistrales, avaloradas y enaltecidas el año anterior con aquel discurso maravilloso pronunciado en su cátedra por el más insigne pensador y filósofo, por el orador grandilocuente y egregio, D. Nicolás Salmerón.

El público, que no se cuida poco ni mucho, y hace bien, de las majaderías de los néctos, ni de las opiniones de los correos de café, acude cada vez con mayor entusiasmo á éstos seductores torneos literarios, en los que descuellan casi siempre dos soberanías indiscutibles: la soberanía de la belleza, soberanía sintetizada en la Reina de la Poesía, y la del talento, que cifra y representa el esclarecido Mantenedor del certámen.

Anoche quedó todo ésto nuevamente demostrado. ¡Qué fiesta más animada y más hermosa! Reciba por ella el Circulo Literario los más sinceros parabienes, y persevera en organizarias, contra la opinión de sus detractores, para los años sucesivos; pero por Dios, no vuelva á pensar para ello en García Alix, ni en ningún otro que se le parezca, y proceda siempre en la designación de sus mantenedores, con el acierto de ahora: bien es verdad que á cada paso no se encuentra un sabio como Unamuno...

EL Acto.

Comenzó la sesión á las nueve y media de la noche, después de haber agotado el Ayuntamiento la paciencia del público con su tardanza. La banda municipal ejecutó una breve sinfonía y enseguida pronunció el discurso de apertura del certámen, el Presidente del Circulo, Sr. Trujillo, que estuvo discreto y oportuno. Saludó en nombre de la Sociedad al prestigioso Mantenedor del torneo, á las corporaciones y entidades que le prestan su apoyo y á las hermosas mujeres que prestan realce con sus hechizos y perfecciones á éstas brillantísimas fiestas.

Á continuación el Sr. Secretario dá lectura de los acuerdos de los jurados, que són los siguientes:

No se adjudica la *flor natural*, de-

de la música, aparecieron en el salón y fué conducida al estrado, del brazo del insigne Mantenedor de la fiesta Sr. Unamuno, la Reina gentil de los Juegos Florales, que vestía elegantísimo traje celeste y que iba verdaderamente seductora, seguida de las bellas muchachas que formaban su corte.

Seguidamente se leyeron tres composiciones: *Atmeria* y *Amor Fides*, laureadas con dos primeros premios y *Las dos hermanas*, á la que se había otorgado por mayoría de votos un accesit. También leyó el Sr. Alcalde unas cuartillas, y más valía que no las hubiera leído; y por fin, entre grandes aplausos, levantóse de su asiento el Sr. Unamuno y dió principio á su discurso.

Del mérito singularísimo de este, no hemos de hablar aquí: no lo necesita. En este número lo publicamos íntegro, y así podrán nuestros lectores saborearlo. Está nutrido de originales pensamientos: es una hermosa obra de propaganda, merecedora de elogio incondicional. El público se encontró con una cosa nueva, sana y vigorosa. Se miraban unos á otros los espectadores, expresándose con la mirada su asombro. Aquello era un manjar succulento, á que no están acostumbrados nuestros estómagos, débiles y estragados.

No eran las vulgaridades de un García Alix, ni las garrulas declamaciones de otros oradores ñoños y huecos. El Sr. Unamuno es un pensador profundo y original, y bien lo demostró anoche. Por eso el público aplaudió frecuentemente, y con mucha justicia, al docto profesor vaseo; y nosotros, que por los apremios del tiempo y el espacio, no podemos consagrar á su obra más detenido examen, enviamos nuestros sinceros y entusiastas plácemes al sábio Rector de la Universidad de Salamanca, que anoche realizó en Almería un acto digno de todo encomio, hablando al público fuerte y claro, que eso es lo que ciertamente necesita esta sociedad gastada y enclenque á la que hay que mover y levantar de su abatimiento y postración con enérgicos acicates.

La sesión terminó con arreglo al ritual acostumbrado. La Reina y su corte descendieron del estrado á los acordes magestuosos de la música y entre nuevos aplausos del público. El Circulo Literario puede estar regocijado y satisfecho: ha celebrado una

que acude á un torneo...
¡Ay! que ya no puedo mirarme con ansia en aquellos ojos que atraen, deslumbran, fascinan y abrasan; ojos tentadores de luz pura y diáfana que penetra en el fondo del pecho y de amor infinito lo inflama; astros refulgentes que divinos destellos irradian en aquel pedacito de cielo con brumas de perla y orientes de nacar

Sus ojos... ¡mi encanto!
¡mi gloria adorada!
¡Si parece que en ellos fulguran reflejos de eterna bienaventuranza!...
Angel que bendito por la tierra pasas, mi ideal, mi ilusión mas querida... ¡mi tormento cruel que me mata! ¿porqué me abandonas? ¿cuál es tu morada?
¡Has volado al alcázar celeste, como vuela el viajero á su patria, y allí tus hermanos te rodean y á coro te ensalzan? No sé, mas no borras mis penas amargas, que es angustia mortal el recuerdo que nos dejan las dichas pasadas... Ya absorto no escucho tus tieras palabras, más sonoras que el trino del ave que saluda los rayos del alba: ya no aspiro á tu lado el ambiente que en torno esparcía tu pura fragancia, ni contemplo tu rostro sublime, resplandor de belleza increada.

De amor y ventura sólo queda la triste nostalgia; ya tus labios no dicen mi nombre, ya en tu pecho mi imagen no guardas. Todo lo he perdido, ya no hay esperanza.
¡Dios mío, Dios mío! ¿qué fué de la niña que adora mi alma!

¿Qué fué... Ya la veo allá en lontananza deslizarse en el lóbrego claustro cual sombra fantástica. ¿Qué triste... qué sola... qué bella... qué pálida!... La cabeza y la frente cubiertas con las tocas blancas, amplio velo su hermosa figura á los ávidos ojos recata, oculta el contorno su talle de palma y hasta el mítido cuello de aljéfar esconde sus líneas de helénica estatua. Orando en silencio de un rosario las cuentas repasa y con éxtasis dulce los ojos al cielo levanta.

¿Qué tiene?, un suspiro interrumpe su mística plática, los sollozos agitan su pecho y empañan su rostro raudales de lágrimas. Dios mío, ¿qué tiene? ¿qué turba su calma?

¿Es acaso un recuerdo del mundo, que aun vivo en su mente la inquieta y exalta?
¿Es acaso un fluido impalpable que en torno á ella vaga como efluvio sutil de otro espíritu que amantes caricias de lejos le manda?

Sara Liverpool y Bristol
El HEINRICH SCHULDT cargará el 29 del corriente.

Sara Londres

El CAMBRIAN cargará el 29 del actual.

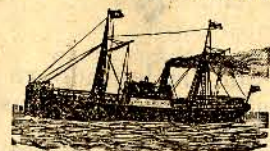
A Glasgow

El CUBA se encuentra en puerto á la carga.

Agente, Ricardo Giménez en Liq^on.

Vapores fruteros

Servicio quincenal



Sara Manchester

El rápido vapor NORDSTRAND, con hueco solo de 1.500 barriles, estará á la carga el domingo 30 del actual, y saldrá el mismo día directo para Manchester.

Informará: Alfredo Rodriguez.

Vapores fruteros



Directo para Liverpool

El magnífico y acreditado vapor TYNE estará en Almería el 30 del actual, para cargar 3.000 barriles que trae de hueco.

El magnífico vapor MAIORESE, llegará á Almería el 3 de Septiembre, con hueco para 3.000 barriles.

Directo para Glasgow

El magnífico y acreditado vapor SKANDIA estará en Almería el 1.º de Septiembre para cargar 2.000 barriles que trae de hueco.

Agente: M. Berjón.

Telegramas

(De nuestro servicio particular)

Nueva circular

Madrid 27-5-40 t.

El fiscal del Tribunal Supremo prepara una circular, señalando penalidad á los periódicos que publiquen artículos atentatorios á la Monarquía ó exciten á la rebelión al ejército, exigiendo responsabilidad á los autores de los artículos, y recomendando se proceda con energía para evitar los directores supuestos de que hacen uso algunos periódicos.

La Reina en París.

Madrid, 27-7 t.

Estamánana han paseado por los boulevares de París, la reina Cristina y la infanta.

Después han marchado en automóvil para almorzar con la Reina Isabel.

Moros y Cristianos.

Madrid 27-7-25 t.

El Gobierno de Constantinopla ha redoblado los refuerzos de defensa. En Servia y en Bulgaria, vá aumentando la opinión de una inteligencia para combatir á Turquía.

De Hacienda

Madrid 27, 7-50 n.

El Sr. Basada, prepara una disposición que segun su opinión influirá notablemente en la baja de los cambios.

Para cuando se reúnan las Cortes presentará los presupuestos con algunas reformas relativas á los alcoholes, timbre y derechos reales.

MENCHETA

Imp. de El RADICAL.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS USALES